

Un diálogo de sordos

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ESTO ha sido el V Sínodo Mundial de Obispos celebrado en Roma durante el mes de octubre. En diez años ha tenido la Iglesia, tras el Concilio, diez reuniones de alto nivel que, con altibajos, han abocado a un diálogo de sordos entre las diferentes tendencias y necesidades que existen en ella, y también entre la comunidad eclesial y el mundo contemporáneo. No se oyen unos y otros porque desde hace siglos está la organización católica acostumbrada a no escuchar nunca lo que habla todo el mundo, sino a asustarse de lo que ocurre en él o —de prisa y corriendo, pero ya tarde— a querer coger el tren que hace tiempo perdió.

Sin embargo, los que somos creyentes todavía vemos en nuestro entorno atractivos llamados religiosos que son atendidos por la juventud con interés porque, en vez de hablar de técnicas formalistas perdiendo el tiempo además en discusiones hogareñas desfasadas por carecer de visión de la realidad cotidiana, ofrecen algo vital. Con ello la Iglesia se aparta sin darse cuenta de una juventud que demuestra cada vez menos interés por sus posturas retrógradas de ayer, o por las ingenuamente progresistas de hoy, que siempre se quedan muy por bajo del atractivo que tienen los movimientos humanos como, por ejemplo, el marxismo.

Ante todo ello se han planteado la cuestión de la transmisión y explicación de la fe, los 205 obispos católicos que han dedicado un mes al tema de la catequesis.

Obispos de los más diversos países de influencia occidental, religiosos representando a las Ordenes más importantes, prelados orientales y cardenales de curia, han podido hablar —monologar más bien— de sus preocupaciones y perspectivas, quedándose muy cortos a la hora de ejercer su imaginación y su inventiva de cara a lo que está pasando en el mundo entero: la disgregación lenta, pero cada vez más acelerada, del catolicismo.

El balance —según los más cautos comentaristas— ha sido decepcionante, a pesar de que nuestro arzobispo de Madrid haya afirmado públicamente que ha sido "muy positivo".

Y, sin embargo, si el resultado ha sido francamente magro, las cuestiones suscitadas bien merecen una consideración.

El representante de los obispos holandeses recordó que "muchos jóvenes no ven en Cristo nada más que a uno de los grandes personajes de la Historia", si bien —añado yo— son bastantes los que

hasta de eso se olvidan aburridos de escuchar nuestras insulsas discusiones eclesiales. Y "estiman que la solidaridad humana es más importante que la adhesión a una religión". En una palabra: Cristo considerado sólo como hombre, y la religión como un humanismo más que como algo directamente religioso. Estas son las claves de la mentalidad juvenil de hoy.

No sólo los jóvenes se alejan de la religión formalista predicada hasta ahora: los obispos de todo el mundo —por boca de un yugoslavo— confiesan también "el gran impedimento para la catequesis que es la indiferencia de los padres". ¿Cuántos padres hay que personalmente vivan el cristianismo no sólo allende nuestras tierras, sino aquí en España? ¿No se dejan llevar —unos y otros— por los estímulos materiales de corto alcance y por el fuerte egocentrismo de la civilización técnica actual, mezclándolos a veces con una práctica puramente exterior de la religión?

La contrapartida de todo esto se encuentra sólo en los vanos esfuerzos hechos para superar la Iglesia estas dificultades. Ha ido dando palos de ciego, inventando nuevos métodos técnicos, aplicando —aunque mal digeridos y tarde— procedimientos modernos de la pedagogía, entusiasmándose por los grandes medios espectaculares de comunicación social, sin saber emplearlos eficazmente por un lado y sin caer en la cuenta de la trampa humana que entrañan en muchas ocasiones estos mismos medios aceptados demasiado superficial y beatamente.

El obispo de Ontario (Canadá) se ha hecho eco de la "reacción juvenil contra las instituciones, aparatos y sistemas que, si bien pueden expresar falta de religiosidad y de madurez, también invitan seriamente a que los organismos de la Iglesia se pongan de una vez al servicio del hombre ante todo, y no estén siempre preocupados por su supervivencia y por su crecimiento cuantitativo". Hay que recuperar "la frescura con que el Evangelio abordó en su tiempo los problemas", y aprender —como añadió un obispo búlgaro— que "es el momento de retornar del modelo de la catequesis de la Iglesia primitiva", sin temores ni respetos ciegos a otras tradiciones venerables y sin dejarse llevar por la eficaz técnica de la ingeniería psicológica, al estilo americano o soviético. "El sínodo —continuó aquél— no debe dejarse encerrar en una discusión técnica sobre los agentes o los instrumentos de la cate-

quesis" porque "¿de qué servirá el más técnico catequista, si no tuviere a nadie a quien hablar?"

¿Por qué no recordamos más bien los hechos religiosos significativos que suponen las experiencias, por ejemplo, del Arca llevadas a cabo en Francia por el católico orientalista Lanza del Vasto, o las del monasterio calvinista de Taizé que atrae a miles de jóvenes de todo el mundo, o la acción caritativa de la Madre Teresa en Calcuta? Un arzobispo indio se maravilló en pleno sínodo de que no hayamos caído en la cuenta los católicos de que no es el uso de estos medios técnicos lo más importante, sino la vitalidad sin prejuicios con que vivió personalmente Jesús sus enseñanzas y que ahora vuelven a vivir con gran éxito estos pocos pioneros de una renovación, no de métodos, sino de acción vital personal.

Son frecuentes los casos —como recordó otro obispo— de seminaristas o monjes católicos que abandonan la religión que la Iglesia les presenta y —en cambio— se dejan atraer por el budismo, el yoga, el zen, o incluso por otras corrientes orientales cristianas que no son católicas, como ha pasado con unos monjes trapenses franceses recientemente pasados a la Iglesia ortodoxa. Todos aquellos que les atrajeron hicieron una cosa: "Poner en cuestión el estilo de vida que se lleva en el mundo contemporáneo", y así es como "han despertado la conciencia de la sociedad actual", según señaló el arzobispo de Calcuta.

Lo que ocurre es que los creyentes ya no creemos en nuestra propia religión, no sólo porque tenga ritos, costumbres o ideas anticuadas, sino porque no vivimos el núcleo vital del cristianismo tal como lo han pretendido vivir en cada época y latitud los grandes personajes cristianos.

Pero a los obispos católicos les pesan todavía demasiado sus vestiduras, y a los simples católicos sus querellas internas, y no tienen tiempo ya para vivir. Nuestro Ortega contestaba a la pregunta clave que debíamos hacernos ahora: "¿Cuál es el sentido de la vida?", con una aparente perogrullada: "Vivir". Esto es lo que nos falta a los cristianos: vivir. Hablamos, discutimos, miramos a nuestro ombligo, pero no vivimos. Y así nos va de mal, porque no somos testimonio de nada que sea interesante para quienes nos miran. ■